

**UN AMOR PARA TODA
LA VIDA**

Vega se despierta por el tintineo de la lluvia contra el aparato de aire acondicionado que está en el patio interior junto a la habitación que Clara le había preparado. Es un martes frío y lluvioso de Febrero, estira las piernas bajo el nórdico volviendo a sentirse calentita bajo aquel peso de plumas y observa como Lily, su gata blanca con manchas marrones, también está desperezándose.

De pronto toda esa sensación reconfortante de la protección de calor frente al frío de fuera se ve empañada por un pensamiento, "ese" pensamiento otra vez: Estoy aquí sola. Y sin poder evitarlo ni cambiar un milímetro el semblante, una lágrima resbala por la mejilla redondita de Vega. Ha llorado tanto, que ya ni siquiera se inmuta, es como un grifo que no para de gotear. Desde que Alberto le dijo aquella noche lo que le dijo, Vega sufría de incontinencia lacrimógena.

Alberto era el amor de su vida, juntos desde los 15 años, juntos por 17 años, hacía sólo año y medio que se habían casado, ambos tenían trabajos independientes y no tenían prisas por ser padres, *menos mal*, pensaba ella. Vega era dueña de su propia empresa, tenía un salón de belleza que gestionaba sin aplicar ella ningún tipo de tratamiento. Se dedicaba a la recepción, temas administrativos y de publicidad. No era el trabajo de su vida, pero al terminar un trabajo como recepcionista en una clínica dental, fue animada por su padre para que montara su negocio, él siempre había creído en ella. A Vega le daba para vivir, con una clientela bastante estable, pero estancada, porque siempre sintió que estaba llamada a hacer otras cosas, se sentía "establemente atrapada".

Vega era una chica alta, de 1'75 y complexión gordita. Maldita palabra: gordita. Le había perseguido toda la vida. Ni siquiera recuerda en qué momento se convirtió en la gordita de sus amigos, ni en la gordita de la familia, ni en la gordita de su clase. Toda la vida había sido una sucesión de dieta tras dieta, cada cual más estúpida, más dolorosa, más denigrante, más humillante. Y así había llegado a los 32 años que ahora tenía.

Conoció a Alberto en el pueblo, lo conocía de toda la vida. A él nunca le había importado que ella fuera "rellenita", de hecho él también lo era. Juntos habían

encontrado una conexión dentro del amor más allá de lo habitual con esa edad. Alberto y Vega eran la pareja más estable de sus amigos, habían pasado por mucho, tenían amor pero sobretodo mucha amistad, que sumada a ese amor los trasladaba al infinito. El respeto, la confianza, las ganas, los gustos, las aficiones, etc, infinito. Una boda de cuento de hadas coronó la relación hace apenas año y medio, un día de ensueño, de casi dos años de preparativos, de muchos nervios y finalmente mucho disfrute entre amigos y familia, con diferencia, el mejor día de la vida de Vega. Y ahora no podía recordarlo sin lágrimas.

Desde hacía cuatro años vivían en un coqueto piso en la capital, con Lily, su gata. Alberto era su refugio para afrontar los sinsabores del trabajo del día a día. Vega y Alberto son muy seriéfilos, las temporadas de las series más carismáticas les duraban muy poco. A Vega le apasionaba la lectura y la escritura, le atrapaba su blog, y en los últimos meses se había lanzado a poner en marcha una marca de productos para chicas "curvy", es decir, chicas de talla de mediana a grande orgullosas de ello. Todo había comenzado como un juego, su socia y amiga Clara, le había estado vendiendo la idea y animándola a hacerlo juntas desde hacía meses. A Vega la moda siempre le ha gustado, y si bien no era algo que estuviera acostumbrada a exteriorizar, sí ardía en su interior ese orgullo de curvas y de ser como soy a punto de explotar. Así que se animaron y crearon diferentes productos con frases gancho para animar a la gente a ser como es, a que los ideales de atracción y belleza no estén marcados, sino que cada uno, siendo únicos, se sienta maravillosamente bello. Tazas, llaveros, fundas de móviles, camisetas, etc. El proyecto estaba teniendo bastante acogida y planificaban el diseño de más ropa para vender por su web. Alberto la apoyaba ciegamente, aceptando con resignación las horas y horas que el proyecto curvy le robaba a él. Vega y Clara hacían de sus propias modelos, la imagen en las redes sociales es fundamental. Un perfecto escaparate en el que muchas mujeres pudieran verse reflejadas y se pudieran contaminar de ese orgullo curvy.

Un día un amigo de Alberto lo invitó a jugar un partido de pádel, y Alberto, más aburrido que otra cosa, aceptó. Siempre había disfrutado viendo deportes como el fútbol, tenis y demás, pero años después de dejar de hacer deporte no podía

imaginar que podría disfrutar tanto de un poco de pádel con los amigos, así que poco a poco se fue aficionando a los partidos semanales, fue saliendo con la bici, empezó a ir al gimnasio, y progresivamente fue perdiendo peso, sintiéndose cada vez más satisfecho consigo mismo.

Vega también vivía una época de ilusiones, pues cada vez tenían más seguidoras, las fotos de modelo que se hacía le subían bastante la autoestima, pues se veía fantástica, y los comentarios de las seguidoras eran aduladores. Vega degustaba el sabor dulce que la llevaba más allá de la aceptación, casi rozando el orgullo. Desde que tenía uso de razón había vivido prácticamente a dietas, impuestas al principio por su madre y después por ella misma. Dietas en la que más o menos siempre estaban los mismos ingredientes: ilusión, expectativas, esperanza, tristeza, angustia, ansiedad, hambre, atracones, culpabilidad, desilusión, autocastigo, desprecio, decepción, ira, envidia, pero al final siempre... Resignación.

Apenas sin darse cuenta, Alberto y ella fueron alejándose hacia maneras de vivir diferentes. Alguna vez ella había sido su pareja en algún que otro partido de pádel, probó a ver si al igual que Alberto le había encontrado el punto maravilloso al deporte ella también podría, pero no. Y no fue de pronto que ella se dio cuenta de Alberto se alejaba teniéndolo al lado, fue poco a poco. Poco a poco fue dándose cuenta de que cada vez hacían menos cosas juntos, que los regalos de Alberto pasaron a ser todos del mismo tipo: un bono para ir al gimnasio, una zapatillas de deporte, y lo que para Vega fue el colmo de los colmos, le regaló por Navidad un reloj de actividad, pero por amor de Dios, qué actividad ni que leches, si ella sólo quería un reloj que fuera más bonito que útil, y va él, y después de tanto tiempo juntos le regala eso, como si fuera un absoluto extraño.

Es que en eso era en lo que se estaba convirtiendo, en un extraño. Vega se vio conociendo a sus amigos nuevos y deportistas, con sus novias famélicas y criticonas, justo el tipo de gente con el que nunca se habrían relacionado tiempo atrás. A Vega no le gustaba nada quedar con ellos, puesto que las chicas ni cortas ni perezosas se jactaban de lo gordas que estaban ellas,

haciendo que Vega pusiera un cara de indignación y coraje cada vez más difícil de disimular.

Alberto perdió 25 kilos, y Vega cree que junto a la grasa también perdió su amor. ¿Por qué ahora le resultaba tan difícil creerlo cuando le decía que la quería tal y como es? Y una noche, cuando volvieron de una de esas cervezas con sus nuevos amigos, Alberto estaba muy pensativo, casi sin apetito para la cena, fijaba su vista en una televisión que no veía.

-¿En qué piensas tanto? – dijo Vega.

-No sé, estoy un poco cansado.

-Pero, ¿te has venido abajo al llegar a casa?

-Sí, no sé. Esta casa me deprime un poco la verdad – dijo Alberto como sin darle demasiada importancia.

Vega se sintió tremendamente herida al escuchar eso. Su casa la habían comprado y decorado entre los dos con mucha ilusión, de hecho Vega lo recordaba cómo una época de cambios y decisiones maravillosas de las que volvía a contagiarse cada vez que miraba donde se recostaba, donde ponía un vaso o ese maravilloso espejo que encontró en una galería de antigüedades y del que se enamoró en cuestión de décimas de segundo.

-¿Qué está casa te deprime? Pero si es el más fiel reflejo de nosotros. – Espetó Vega con un punto de indignación.

-Pues a lo mejor eso es lo que pasa, que últimamente me siento un poco deprimido – dijo Alberto girándose para mirar a Vega y coger un roscón de pan de la mesa.

- Pero, ¿te sientes deprimido tú? ¿O crees que es la relación la que te deprime? – le preguntó sorprendida Vega.

- Pues ya no lo sé, los dos sabemos que de un tiempo a esta parte estamos como más apagados, que ya no estamos como en la misma línea, en el mismo punto.

- Yo sé que últimamente con mi trabajo y la página con Clara he estado un poco ocupada, pero no creo que estemos en líneas distintas, yo sigo en la línea de que eres el amor de mi vida y quiero vivirlo todo contigo – dijo cariñosamente Vega pasándole una mano por el cuello a Alberto y dándole un beso en la comisura de la boca.

- No sé Vega, en los últimos tiempos es como si todo se estuviera volviendo muy confuso para mí, te siento lejos de mí, y me siento lejos de ti – miró a Vega y al ver su cara de confusión continuó – Yo creo que no estoy tan seguro de mis sentimientos.

El mundo se desmoronó para ella. Aflojó su cuerpo y se dejó caer sobre el respaldo del sofá. No estaba segura de lo que escuchaba, y no quería estar segura de haber entendido nada. Al final, tras unos segundos de silencio, le preguntó:

-Pero bueno, ¿qué es lo que me estás diciendo? ¿Qué ya no me quieres?

- Sí... Sí te quiero, pero no sé si estoy enamorado de ti.

Fue un jarro de agua gélida lo que Vega sintió que le caía por el cuerpo. Se quedó unos minutos con la mirada fija en el vacío, viendo como lo único que sentía con seguridad en su vida se iba desvaneciendo.

Y así había amanecido aquella mañana de Febrero. Después de aquella conversación con Alberto cogió unas cuantas mudas, metió a Lily en su traspontín y llamó a Clara, sólo le dijo que necesitaba que la dejase quedarse en su casa aquella noche, no podía pensar mirando más allá, no quería mirar. Clara la recibió en su piso, a ella y a su querida gata. Ya le había preparado la otra habitación y tras muchos pañuelos, abrazos y *"no te preocupes, verás como lo arregláis"*, Vega se fue a intentar dormir.

Se levanta como un par de horas después quedar cansada de tanta cama. Después de una ducha ardiendo en la que trata de limpiarse las lágrimas secas de anoche, va casi arrastrando los pies hasta la cocina en busca de un café que al menos le despeje el dolor de cabeza que tiene. Se encuentra una nota cariñosa de Clara en la que le dice que hay café recién hecho y pan para tostadas, y que se ha ido a trabajar, que volvería a la noche. Vega pasa todo el día sintiendo como la noche anterior había ocurrido un terremoto de 8 grados en la escala de Richter que había dejado tocados todos sus cimientos. Al pensar que Alberto la había rechazado por como era, por su implicación con lo *"curvy"*, por su inseguridad, por los celos que ella sentía cuando él quedaba con sus nuevos amigos y amigas, porque a pesar de ser la misma persona, él

ya era diametralmente opuesto a quien era, y eso incluía que ella era también opuesta a lo que él quería ahora.

En la conversación de la noche anterior Alberto le había dicho que parecía que ella se había conformado con ser ya siempre así, que a través de todo lo que estaba haciendo ahora con su amiga Clara ella se justificaba y entregaba al abandono, que antes al menos hacía algo para bajar de peso, pero que parecía que eso no le importaba ya, y él se había dado cuenta de que conforme ella subía de peso, menos atracción sentía, y eso lo tenía muy preocupado. Él quería servirle de ejemplo: Si yo he podido hacerlo, tú también puedes – le decía él repetidamente.

Y así pasó la mañana, primero preguntándose por qué ella no era capaz de hacerlo, porque Alberto se había motivado tanto con el deporte, y a ella le costaba tantísimo, seguramente porque nunca le ha gustado. Quiso buscar los motivos de los cambios dentro de Alberto, y después buscaba por qué ella se había abandonado, había abandonado la lucha contra la báscula. Pero no fue eso lo que más le dolió a Vega de la conversación con Alberto, lo que más le dolió, lo que dejó a la relación herida de muerte fue cuando Alberto le dijo que a veces rehuía las situaciones sexuales porque sabía que tenía que forzarse demasiado para tener excitación con ella. En ese punto Vega supo que no habría una vuelta atrás en la relación, puesto que ya sería incapaz de estar desnuda delante de él, que ya nunca se querría a sí misma por sentir lo poco que la quería él, porque ya a él no le importaba quién era ella.

Y volvió a sentirse como cuando tenía ocho años, y su madre le recriminaba que por qué las dietas funcionaban con la gente y con ella no, para tres días después llegar a casa y decirle que cierta amiga le había hablado de otra dieta que le haría perder sí o sí, y empezar un nuevo calvario para Vega. Y así de pequeña se volvió a sentir, cuando se daba cuenta que los abrazos de su madre eran más fuertes y cálidos conforme menos marcara la báscula. Aquello ya lo había superado, había conocido a Alberto, que la quería locamente, que la veía guapa se pusiera lo que se pusiera, y más aún en su desnudez. Y ahora que Alberto la había dejado por su cuerpo, se había llevado la seguridad y tranquilidad de poder ser ella misma.

Ahora tocaba afrontar diferentes situaciones: contárselo a la familia, preparar papeles, contárselo a los amigos, abandonar sitios comunes, cerrar esa etapa

sin manchar el amor con el que lo habían vivido. Y empezó por la primera, cogió el teléfono, se armó de valor, no iba a titubear, explicaría lo mínimo posible por el momento y ya está, no era asunto de nadie. Y en el mismo momento que escuchó la voz de su madre... se derrumbó, y dijo:

- ¡Mamá, Alberto ya no me quiere porque estoy gorda y él ya no!
- Vaya nena... yo sabía que esto podía pasar...

Y ya Vega no dijo nada más, lloró y lloró como lloraba en brazos de su madre cada vez que en la adolescencia un chico la rechazaba por su peso, solo que esta vez su madre no la convenció para intentar hacer algo nuevo y diferente para bajar de peso, al contrario, despertó en ella la sensación de ya haber luchado bastante, pero no contra la sociedad, sino contra ella misma, por no aceptarse. Se imaginó que ella tuviera una hija, y se vio incapaz de decirle a su hija lo que su madre le dijo a ella. Le diría a su hija que no se preocupase, que si su pareja no podía seguir queriéndola por su cuerpo no merecía estar con ella, que lo que realmente importa es que ella se ame a sí misma, que esté orgullosa de sus propias decisiones, que no necesite a nadie para valorarse, que si quiere perder peso lo haga de manera saludable, con comida sana y deporte, que lo haga porque ella quiera, pero que no se esclavice por nada ni por nadie, ni por una dieta ni por un marido. Que busque su felicidad y también su salud, que aunque esté un poco rellenita, si está sana, abrace y luzca sus curvas, que suyas son, que la persona más importante de su vida la verá cada mañana delante del espejo.

Como si respirara arena y mar en una playa dándole el sol en la cara, sus lágrimas se secaron, y su pena también. Se plantó delante del espejo, y por primera vez en su vida se vio, se miró y se reconoció.

Apretó los puños, frunció el ceño y sintió todas las cosas buenas que había conseguido por ella misma, tenía un negocio que ella gestionaba, una empresa que crecía y le gustaba, tenía una amiga que la acompañaría al infierno si hiciera falta, y sobre todo tenía la vida por delante para hacer lo que hasta ahora había estado haciendo a medias tintas: **VIVIR**.

Y se vio viviendo como siempre había querido vivir, libre, orgullosa de sí misma. Porque desde ese día vivió siendo consciente de que sólo existe un amor que dure para toda la vida: el amor propio.